

PRIMER PASO.

FORTUNA Y DESGRACIA.

Confieso que para amigos
Son excelentes algunos;
Para amantes casi todos,
Para esposos.... ¡abrenuncio!
M. BRETON DE LOS HERREROS.



En un gran salon reunidos
Multitud de hombres se hallan,
Agrupados á una mesa
Do de jugar no descansan.

Dos mil onzas hay en ella
Que la ambicion despertaban
De aquellos que todo pierden,
Porque desean llevarlas.

Retirados y cesantes
De raquíticas casacas,
Y de grasientos sombreros,
Abundan mucho en la sala.

En pié detras de los otros
Que visten con elegancia,
Y que á la mesa sentados
Juegan sin hablar palabra,

Parecen caricaturas
De algun retabló escapadas,
O esqueletos que han huido
De las tumbas solitarias.

—¿Qué tal le han tratado á vd?
Es la general palabra
Que se dirijen los dichos
De las ya dichas casacas.

—“Me la han arrancado, chico:
No me han dejado ni blanca.”
Es la respuesta que se oye
De aquellas figuras lánguidas.

—Don Juan, sí, que está de suerte:
Dijo uno de cara larga
Y piramidal sombrero
De ala angosta y copa ancha.

—Bien lo necesita el pobre:
Porque en su enfermedad larga
Cuanto ha tenido ha gastado,
Y dé, á que está vivo, gracias.

—¿Y de qué se volvió loco?
—Por su pobreza estremada,
Como nosotros tal vez
Nos veremos si no pagan.

La fortuna que es Maria
Su bella esposa, una santa,
A cuyos cuidados debe
Don Juan la vida y el alma.

De lo contrario hace tiempo
Que en la tumba descansara,
Unico lugar seguro
A donde el hambre no alcanza.

Pero ved, ved el albur
Que de ganar ahora acaba:
Acerquémonos á él
Porque es nuestro camarada.—

Y era cierto que don Juan
No perdía ni una carta,
Aunque sin regla ninguna
Aquella noche jugaba.

Cerca de quinientas onzas
A su frente se miraban
Pertenecientes á él,
Todas de entonces ganancia.

El doctor está á su lado
Mal conteniendo su rabia,
Porque tan grande fortuna
Sus planes los desbarata.

Así es que para que pierda
Al fin cuanto allí ganara,
Le hace apostar grandes sumas
Por ver si yerra una carta.

Mas la suerte le protege
A don Juan, y solo alcanza
El doctor aconsejándole,
Que mas poderoso se haga.

Esto mas y mas le irrita,
Y esto mas y mas le arrastra
A hacer apostar al otro,
Y así á que don Juan ganara.

Viendo, pues, que era imposible
Lograr lo que él anhelaba,
Y que don Juan á marchar
Se disponia á su casa,

Levantóse el vil doctor
De su asiento sin tardanza,
Diciendo á don Juan tenia
Un asunto de importancia.

Mas no era asunto ninguno
El que de allí le obligaba
A salir precipitado,
Como don Juan lo pensaba.

Sino el infame proyecto
Con que se inflamó su alma,
De asesinar á su amigo,
Cuando fuera hácia su casa.

Así es que salió lijero
Aun mas rápido que el águila,
Sin que nadie le detenga
El paso en su veloz marcha.

“¡Oh!... su muerte... sí: su muerte
Ésme ahora necesaria!”
Iba el doctor murmurando
Por las calles en voz baja.

Sí, sí, su muerte es preciso;
Y despues de consumarla;
Sin temor que me sorprenda
Iré esta noche á su casa.

Y esa pérfida Maria,
Sin defensa ni esperanza,
Será mia, aunque preciso
Sea al cabo el amarrarla.”

Así iba el doctor hablando
Sin temer á Dios su alma,
Cuando llegó á un callejon
Oscuro cual sus entrañas.

Un hombre de rostro fiero
Envuelto en una frazada,
Bajo un farol que no alumbra
Con una mujer se halla.

Al mirarlos se detuvo
Y sus pistolas prepara,
Por si acaso es mala jente
Que vive de lo que agarra.

Y á poco miró otro hombre
Que hácia los dos se acercaba,
Y que se detuvo un rato
A observar á los que hablaban.

Este nuevo personaje
Iba embozado en su manga,
Sin dejar ver de su faz
Sino dos ojos que abrasan.

La sospecha del doctor
Aumentó tal circunstancia;
Pero pronto vió su engaño
Escuchando estas palabras.

El que allí con la mujer
Bajo el farol se encontraba,
Fué quien dirijió al segundo
Arrogante estas palabras.

—¿Por qué me mira usted tanto?
¿Le cuadro á usted, camarada?
—¿Cuadrarme usted? no por cierto,
Que tiene usted mala cara.

Miraba á vuestra pichona
Que tiene la cara blanca,
Y un piesecito tan mono
Y un pelo largo que encanta.

—¿Y el pelo, diga, compadre,
No le gusta de mis barbas?
—No: que para eso es preciso
Que la ablandeis en la carda.

—Parece es usted muy hombre
A juzgar por las palabras.
—*Su madre* podrá decirlo
Si con mi dicho no basta.

—*La suya*: contestó el otro
Desenvainando la daga,
Y recojiendo en el brazo
Al instante su frazada.

—Compadre, de usted la vida
Cargo bajo de mi manga.
Repuso el recién llegado
Sacando una gran navaja.—

La mujer así al mirarlos
Con las relucientes armas,
Se puso en medio impidiendo
Que se hirieran ó mataran.

“Marchad por vuestro camino,
Caballero; fué una chanza,”
Dijo al uno; y luego al otro;
Cálmate, por Dios, mi alma.”

Mas ellos no hicieron caso;
Y ciegos los dos de rabia,
Hasta el medio de la calle
Bajaron, sola dejándola.

Y sin temor á la muerte,
Y sin pronunciar palabra,
Furiosos se acometieron,
Alzando en alto las dagas.

Diestros son en el manejo
Los dos de la corta arma;
Y bien los golpes se quitan
Con la frazada y la manga.

El doctor que interrumpida
Por la riña, vió su marcha,
Y temia que don Juan
Huyera en tanto él llegaba,

Acercóse á separarles,
Cuandó uno de ellos, sin alma
Caía al suelo, echhalando
Un ¡ay! que al espirar lanza.

Al verle caer, dió un grito
La mujer muy asustada,
Porque el que cayó sin vida
Era el hombre á quien amaba.

“¡Doctor!...” exclamó el valiente
Que en la cruda lid triunfara,
Al verle el rostro á la luz
Del farol que agonizaba.

—¡Capitan Pablo!... aquel dijo,
Conociendo al que le hablaba.
¿Sois vos?... á buscaros iba
Ahora mismo á vuestra casa.

—Pues os ahorrasteis camino.
Decid para qué hago falta.
Pero huyamos de este sitio
Antes de que llegue el guarda.

—Decís bien: en el camino
Os diré de qué se trata.—
Y ambos de allí se alejaron
En silencio y veloz planta.

No irían del callejón
A cien varas de distancia,
Cuando al sitio de la riña
Acudió corriendo el guarda.

Porque tan prudentes son
Y están con tal vigilancia,
Que nunca saben las cosas
Sinó despues de que pasan.

—¿Quién ha matado á este hombre
Sobre el cual derramais lágrimas?
Le preguntó á la mujer
Que junto al muerto lloraba.

Y á responder la infeliz
Iba al que le preguntaba,
Cuando lanzaron un grito
Al mirarse ella y el guarda.

—¿Qué ve!... dijo él suspenso.
¿Eres tú?... ¿tú, infame Clara?...
—¿Don Gil!... dijo ella.— Sí; impía:
El usurero es hoy guarda.

Mientras me halagó la suerte
Finjiste tú que me amabas,
Y la atroz noche del robo
Te reias de mis ansias.

Te alzaste del lodo inmundo
Hasta la esfera mas alta,
Y á caer al lodo has vuelto,
Porque es el centro de tu alma.

Tú te burlabas de mí
La noche de mi desgracia:
Tú te burlabas en tanto
Que yo amarrado gritaba.

Pues bien, ahora han cambiado
Los papeles, mujer falsa:
Tú lloras mientras rebosa
La alegría dentro mi alma.—

Y esto al decir tocó el pito;
Y vinieron sin tardanza
Al sitio do estaban ellos,
Fatigados otros guardas.

Y al muerto y á la mujer,
Sin que á esta última escucharan,
Los llevaron; y á ella presa
La pusieron cual malvada.

Esto mientras en la calle
Públicamente pasaba,
Don Juan con seiscientas onzas,
Del juego iba hácia su casa.

Libre de todo temor
Y contento caminaba,
Pensando poner en jiro
Tan apreciable ganancia,

Cuando al torcer una esquina
De una calle solitaria,
Dos hombres le acometieron,
Y le enterraron las dagas.

“¡Ay!... dijo don Juan cayendo
Sin fuerza al suelo de espaldas;
Y los hombres, sin robarle,
Huyeron con veloz planta.

—¿Y ahora qué hacemos, doctor?
¿Nos vamos hácia su casa?...
—No, capitán; porque temo
Tener de sangre una mancha.

Y podrian descubrir
Si tal cosa en mí notaran,
Que hemos sido los autores
De esta muerte extraordinaria.

No hagamos que las sospechas
Sobre nosotros recaigan.
No: tiempo tendré otro día
Para vencer á la ingrata.—

Y el capitán y el doctor
Sin temer los molestaran,
Se dirijieron tranquilos
Del segundo á la morada.



SEGUNDO PASO.

LA VIRTUD A PRUEBA.

Y solo ardientes suspiros
 Eran allí su consuelo
 Suspiros que el aura al cielo
 Llevó en invisibles jiros.
 T. R. Rubí.



Han cuatro días pasado
 Desde que á don Juan mataran,
 Y en la calle le encontraran
 Asesinado á traicion.
 Cuatro dias en que en llanto
 Anegada está Maria,
 Sin poder la pena impía
 Sufrir de su corazon.

Es la noche: el sol apenas
 Ocultado tras la cumbre
 Ha su esplendorosa lumbre
 Con nobleza y majestad.

Y á su brillo refulgente
 Le suceden densas nieblas,
 Que cruzan en las tinieblas
 Y aumentan la oscuridad.

En un cuarto reducido,
 Mas con esmero amueblado
 Y muy limpio y aseado,
 Llorando está una mujer;
 Y junto de ella está un hombre.
 Que sin pena ni quebranto,
 Mira su abundante llanto
 Por sus mejillas correr.

Parece ella tan hermosa
 En medio su desconsuelo,
 Un ángel puro del cielo
 Que llora por el mortal.
 Y él en cuya faz se nota
 Un ceño feroz y adusto,
 Semeja al ser que un Dios justo
 Mandó al infierno fatal.

Tierna ella, descolorida,
 Con el rubor en la frente,
 Él encendido, impaciente,
 Lleno de impúdico amor:

Ella pura, él sin pudencia,
Ella cándida, él malvado,
Parece se han enlazado
La ternura y el furor.

—Si en vez de llanto, Luz bella,
Una palabra preciosa
De vuestros labios de rosa
La llegase yo á escuchar;
Feliz seriais, y fuera
Yo tambien, cual vos, dichoso;
Y ambos de amor y reposo
Llegáramos á gozar.

Mas vos os habeis propuesto
Despreciarme y maldecirme,
Y en el dolor sumerjirme
Sin tener piedad de mí.
Y yo me he visto obligado,
Porque á vos, señora, os plugo,
A ser un vil, un verdugo,
En mi ciego frenesí.

Luz, de una palabra vuestra
Está pendiente mi vida,
Y vuestra honra suspendida
De otra mia llega á estar.

Un "sí" vuestro, mi alma toda
Inundará de alegría,
Y una órden terrible mia
Puede vuestra honra manchar.

—¡Ah!... no sereis tan malvado:
No lo sereis ciertamente
Con esta pobre inocente
A quien destruye el dolor.
No lo sereis: que eso fuera
De la infamia el colmo, ¡oh cielo!...
Condenarme en este suelo
A maldeciros, doctor.

Si con la que amais, Dios mio,
Tal delito cometiérais,
¿Qué hicierais, doctor, qué hicierais
Con quien llegáseis á odiar?...
No: lo sé: es una amenaza:
Una amenaza vertida,
Para ver si así rendida
Me llegais hoy á mirar.

—No, Luz: la verdad tan solo
De mi boca habeis oido,
Porque me hallo decidido
Todo obstáculo á vencer.

Y os vereis á una palabra
Que pronuncie, desdichada,
Al momento maniatada,
Sin poderos defender.

Resuelto estoy: sí, resuelto
A obrar de aquesta manera,
Si aun persistís altanera
Mi cariño en despreciar.
Nada hay ya que me detenga
En la carrera del crimen:
Otros la virtud estimen:
Lo que yo anhelo es gozar.

La convicción, pues, Luz mia,
En vuestro pecho hoy ejerza,
Y antes que á la horrible fuerza,
Ceded por la voluntad.
Ceded, sí, ceded, sumisa,
Sin mostrar rigor impío,
Y el ídolo sereis mio,
Si teneis de mí piedad.

—Doctor, os he repetido
Que es inútil tal porfía;
Y que por voluntad mia
No premiaré vuestro amor.

Y si consigue mi ruina
La horrorosa violencia,
Libre estará mi conciencia,
Aunque me mate el dolor.

Habrà la fuerza satánica
Mi tranquilidad robado;
Mas yo no me habré infamado
Correspondiendo á ese amor.
Seré víctima; mas nunca
Una mujer degradada;
Y entre vil ó desdichada,
Ser desdichada es mejor.

—Eso me es indiferente:
Sí, indiferente, Luz mia.
Contestó con sangre fria
El inhumano doctor.
Si he querido persuadiros,
Ha sido por vos, señora,
Pues, Luz, sin remedio ahora,
Teneis que premiar mi amor.

—Antes la muerte.—Imposible:
Porque aprecio vuestra vida,
Y quiero veros rendida
Primero á mi ciego ardor.

—¡Doctor!..—¿Cedeis?..—Nunca, nunca...
 —Pues bien: sufrid resignada;—
 Y dió una fuerte palmada
 En el instante el doctor.

Y á esta seña cuatro aliados
 En el aposento entraron,
 Y á la infeliz agarraron,
 Sin que tuvieran piedad.
 Luz gritaba y resistia,
 Furiosa, desesperada;
 Pero pronto sujetada
 Se vió sin su voluntad.

Parece que ya dispuestos
 Esperaban la tal órden,
 Porque entraron sin desórden
 Y sin nada preguntar.
 Y con un ceñidor fuerte
 A la jóven amarraron,
 Y en el sofá la dejaron
 Sin defensa en su pesar.

—Idos ya: dejadme solo:
 Les dijo el doctor, con ella;
 Y un grito de horror la bella
 Dió con él al verse allí.

Y el malvado, sin cuidarse
 De su terrible tormento,
 Cerró la puerta al momento,
 En su ciego frenesí.—

Mas dejemos encerrados
 Al doctor y á la infelice,
 Que al hombre impuro maldice
 Que hácia ella le ve marchar,
 Y pasemos á la casa
 De don Pedro en este instante,
 A donde un hombre, anhelante,
 Acaba de penetrar.

—¡Señor!...—¿Qué hay capitan Pablo?
 —He estado de centinela
 De San Cosme en la plazuela,
 Cual me lo ordenásteis vos.
 —¿Y bien?—Don Cárlos ha entrado,
 Y está en casa de Landía.
 —Bien: hoy fin á mi ansia impía
 He de poner, vive Dios.

Corred, corred sin demora
 Del alférez en su busca,
 Porque á Cárlos muerte brusca
 Le tenemos hoy que dar.

Corred, corred al instante;
Que yo allí dentro un momento
Iré tambien, pues mi intento
Es su muerte presenciár.

Ya el lugar en que esperarle
Debeis, os tengo marcado.

— Sí señor: nada he olvidada:
Allí le hemos de ásaltar.

— Nada tengo que advertiros:
De vos depende mi suerte.

— Hoy es segura su muerte
Porque yo se la he de dar.

Y salió sin detenerse
El capitán muy lijero,
En busca del compañero
Que debía con él ir.
Y don Pedro entró en su cuarto,
Mejor dicho, el hombre-plaga,
Y cojiendo una ancha daga
Llegó tambien á salir.



PASO TERCERO.

UN ENCUENTRO.

No hay ningún hombre de bien.
T. R. RUBÍ.



Dos hombres de almas feroces,
En sus jorongos envueltos,
A alguna empresa resueltos
Hablan, sin alzar las voces.

De la Santa Veracruz
En la plazuela se miran;
Y con afán se retiran
A do todo está sin luz.

De diez varas á distancia
Un hombre inmóvil, parado,
En larga capa embozado
Parece está en vigilancia.